

caron la salvacion en la fuga, pensaron más en pactar que en defenderse. De este número fueron los príncipes de la familia de Witiza. Haciendo valer su traicion como un título al reconocimiento de los musulmanes pidieron y obtuvieron los dominios de la corona de que los reyes no habian tenido mas que el usufruto, (1) y que se componian de tres mil metareas. Además, Oppas, uno de los hermanos de Witiza fué nombrado gobernador de Toledo.

Por una fortuna que nadie hubiera esperado, una simple razia se habia convertido en una conquista. Este resultado desconcertó mucho á Muza. Bien hubiera querido que España fuese conquistada, pero no quería que lo fuera por otro; envidiaba á Taric la

niæ studio claret: atque longævos et merito honorabiles viros, quos in suprafata sibi commissa Ecclesia reperit, non secundum scientiam zelo sanctitatis stimulat, atque instinctu jam dicti Witzæ Principis eos sub ejus tempore convexare non cessat: qui et post modicum incursum Arabum expavescens non ut pastor, sed ut mercenarius Christi oves contra decreta majorum deserens, Romanæ Patriæ sese adventat (2).

Nótase la contradiccion que parece existir entre la primera y segunda parte de este párrafo.

(1) Forum Judicum, Libr. V, t. I, 12.

gloria y las ventajas materiales de la conquista. Felizmente, había todavía algo que hacer en la Península; Taric no había tomado todas las ciudades, ni se había apropiado todas las riquezas. Muza resolvió, pues, marchar á España, y en el mes de Junio de 712 pasó el Estrecho con diez y ocho mil árabes. Tomó á Medina-Sidonia, y los españoles que se le habían unido se encargaron de entregarle á Carmona. Presentándose armados delante de sus puertas y fingiéndose hombres que habían huido á la aproximación del enemigo, pidieron y obtuvieron el permiso de entrar en la ciudad, y luego aprovecharon la oscuridad de la noche para entregársela á los árabes. Sevilla fué mas difícil de tomar. Era la mayor de las ciudades de España, y fué preciso sitiarla durante muchos meses ántes de que se rindiera.

Mérida opuso también una larga y vigorosa resistencia, pero acabó por capitular (1 de Junio de 713). Muza se puso en seguida en camino para Toledo. Taric salió á su encuentro para ofrecerle sus homenajes, y desde que lo divisó echó pié á tierra, pero Muza estaba tan irritado contra él, que le dió de latigazos. «¿Por qué, le dijo, avanzastes sin mi permiso? ¿No te había ordena-

do hacer solo una racia, y volverte al África en seguida?»

El resto de España, á escepcion de algunas provincias del Norte, fué conquistado, sin dificultad. La resistencia no servía para nada; falta de jefe, carecía de plan y direccion, y por otra parte el interés aconsejaba á los españoles someterse cuanto ántes: haciéndolo, obtenian tratados bastante ventajosos, mientras que cuando sucumbian despues de haber intentado defenderse perdian los bienes. (1)

En general, la conquista no fué más que una gran calamidad. Verdad es que al principio, como en la invasion de los germanos, hubo un período de anarquía. Los musulmanes saquearon algunos lugares, quemaron algunas ciudades, ahorcaron algunos patricios que no habian tenido tiempo de escapar, y hasta mataron niños á puñaladas; pero el gobierno árabe reprimió pronto estos desórdenes y estas atrocidades, y una vez restablecida la tranquilidad, la generacion enervada de este tiempo se sometió á su suerte sin murmurar mucho. Y cierta-

(1) Véanse mis «Etudes sur le Conquiste de l'Espagne por les Arabes» en el primer tomo de mis «Recherches.»

mente, la dominacion arábiga era por lo ménos tan tolerable como la de los Visigodos. Los conquistadores, dejaron á los vencidos sus leyes y sus jueces civiles ó gobernadores de su nacion, eran los encargados de percibir sus impuestos y de regular sus diferencias. Las tierras de los distritos conquistados con las armas y los que habian pertenecido á la Iglesia, con los patricios que se habian refugiado en el Norte, se dividieron entre los conquistadores; pero dejaron en ellas los siervos que las poblaban.

Esto estaba en la naturaleza de las cosas, y los Árabes hicieron lo mismo en todas partes. Solo los indígenas conocian los procedimientos agrícolas, y los conquistadores eran por otra parte demasiado orgullosos para ocuparse de ellos. (1) Impúsose, pues, al siervo la obligacion de cultivar la tierra como ántes, y de entregar al propietario musulman las cuatro quintas partes de la cosecha y de otros productos. Los que poblaban los dominios del Estado que debian ser bastante numerosos, pues que este dominio comprendía el quinto de las tierras confiscadas, no debian entregar más que la ter-

(1) Comparadlo con Maccari tom. II. p. I.

cera parte de la cosecha. Al principio la entregaban al tesoro; pero esto se modificó en adelante. Constituyéronse feudos con una parte de estos dominios, que se dieron á los Árabes que vinieron á establecerse en España; posteriormente á los que acompañaban á Samh y á los Sirios que llegaron con Baldj. Por lo demás, los cultivadores no perdieron nada con esta medida; para ellos no hubo otra diferencia que la de entregar á los feudatarios los que ántes entregaban al Estado. En cuanto á los demás cristianos su posesion dependía de los tratados que habian podido obtener, y algunos de ellos eran muy ventajosos. Así los habitantes de Mérida, que se hallaban en la ciudad en el momento de la capitulacion, conservaron todos sus bienes, no cediendo mas que los ornamentos y las propiedades de las iglesias. En la provincia de que Teodomiro era gobernador, y que comprendía entre otras ciudades las de Lorca, de Mula, de Orihuela y Alicante, los cristianos no cedieron nada, obligándose tan solo á pagar un tributo, parte en dinero, parte en especie. (1)

(1) El tratado que Teodomiro concluyó con Abdalasis, hijo de Muza, se encuentra en Dhabbi. Ca-

Puede decirse que por regla general los cristianos conservaron la mayor parte de sus bienes, obteniendo además el derecho de enajenarlos, derecho que no tenían en tiempo de los Visigodos. Á su vez quedaron obligados á pagar al Estado la capitacion que era de cuarenta y ocho dirhems para los ricos, de veinte y cuatro para la clase media, y de doce para los que vivian de su trabajo manual, (1) y se pagaba por duodécimas al fin de cada mes lunar; (2) de ella estaban esceptuados, sin embargo, las mujeres, los niños, los monjes, los liciados, los mendigos y los esclavos. Los propietarios, además tienen que pagar el «Karádj,» impuesto sobre los productos, que se regulaba por la naturaleza de las tierras en cada localidad, pero que se elevaba de ordinario á un veinte por ciento. La capitacion

siri ha publicado el texto. (Tom. II, p. 106.)

(1) Evaluando el dirhem á 12 sueldos de nuestra moneda, esta tarifa sería 29,80 fr.-14,40-7,20, pero como en el siglo VIII el valor de la plata era, respecto al actual como 11 es á 1 (Véase Leber «Essai sur l'appréciation de la fortune privée au moyen âge;») aquella tarifa sería en realidad. 316,80 fr.-158,40-79-20.

(2) Leovigild. «De Habitu Clericorum.» «Esp. Sagr.» tom. XI, pág. 52.

cesaba para los que abrazaban el islamismo; el «Kharádj» por el contrario, continuaba á pesar de la conversion.

En comparacion de la que habian tenido, la condicion en que los musulmanes dejaron á los cristianos no era demasiado dura. Añádase á esto, que los Árabes eran muy tolerantes. En materia de religion no violentaban á nadie, y lo que es mas, el gobierno á no ser que fuera muy piadoso (lo que era la escepcion,) no deseaba que los cristianos se hicieran musulmanes; el tesoro perdía mucho. (1) Tampoco los cristianos se mostraron ingratos. Contentos con la tolerancia y la equidad de sus conquistadores, preferían su dominacion á la de los germanos, á la de los francos por ejemplo, (2) durante todo el siglo VIII las rebeliones fueron muy raras, los cronistas citan tan solo la de los cristianos de Beja, y aun parece que estos no fueron mas que los ins-

(1) Comparad mas arriba lín. I. cap. X.

(2) *Urbs erat interea Francorum inhospita turmis, Maurorum votis adsociata magis,*

dice Ermold Nigél (I, -67) hablando de Barcelona. M. Amari es tambien de opinion de que la condicion de los sicilianos bajo los musulmanes era superior á la de los otros pueblos italianos que vivian bajo el dominio de los Lombardos y de los Francos, («Storia dei Musulmani di Sicilia,» t. I. p. 483.)

trumentos de un jeque árabe ambicioso. (1) Aun los sacerdotes, por lo menos al principio no estaban muy descontentos, y eso que ellos tenían mas motivos para estarlo. Puede formarse juicio sobre su manera de ver, leyendo la crónica latina escrita en Córdoba en 752, y que se atribuye sin razon á á Isidoro de Beja. (e) Su autor aunque hombre de Iglesia, es mas favorable á los musulmanes que ninguno de los escritores españoles anteriores á el siglo XIV, y no porque carezca de patriotismo, por el contrario, él deplora las desgracias de España y la dominacion arábica es para él el imperio de los bárbaros, «*efferum imperium;*» pero si ódia los conquistadores, ódia en ellos mas bien los hombres de otra raza que los de otra religion. Hechos que harian saltar de indignacion á eclesiásticos de otra época, no le arrancan una palabra de censura. Cuenta por ejemplo, que la viuda de D. Rodrigo se casó con Abdalasis, hijo de Muza; pero no se escandaliza de este matrimonio,

(1) Maccari t. II pág. 17.

(e) Compárese lo dicho por nuestro autor en sus «*Recherches,*» con lo expuesto por D. Teófilo Martínez Escobar. («*Revista mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias, de Sevilla,*» t. II, p. 412-418.

que parece encontrar cosa muy natural.

Bajo cierto respeto, la invasion arábiga fué hasta un bien para España, pues que produjo una importante revolucion social que hizo desaparecer gran parte de los males bajo que el pais gimió durante siglos.

El poder de las clases privilegiadas, del clero y la nobleza estaba debilitado y casi extinguido, y como las tierras confiscadas se repartieron entre gran número de personas, creció comparativamente por lo menos la pequeña propiedad. Esto fué un gran bien y una de las causas del florecimiento de la agricultura en la España árabe. Por otra parte la conquista había mejorado la condicion de las clases serviles. El Islamismo era mas favorable á la emancipacion de los esclavos que el cristianismo, tal como lo entendian los obispos del reino visigodo. En nombre del Eterno, Mahoma ordenó que se permitiera rescatar á los esclavos. Emanciparlos era una obra de piedad, con la que podian expiarse muchos delitos. Así la esclavitud entre los Árabes no era dura ni larga. Muchas veces el esclavo, despues de algunos años de trabajo, era declarado libre, sobre todo, si abrazaba el islamismo. La suerte de los siervos que poblaban las tier-

ras de los musulmanes, se mejoró también: llegaron á convertirse en una especie de arrendatarios, y gozaron de una cierta independencia, porque como sus señores no se dignaban ocuparse de los trabajos agrícolas, tenían libertad para cultivar la tierra como les pareciese. En cuanto á los esclavos y siervos de los cristianos, la conquista les suministró un medio facilísimo de emanciparse. Para esto no tenían mas que huirse á la propiedad de un musulman y pronunciar estas palabras: «No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su Profeta. Desde entón-ces eran musulmanes «libertos de Allah,» como decía Mahoma. Gran número de siervos se emanciparon de este modo, y no hay por qué asombrarse de la facilidad con que abandonaban el cristianismo. Á pesar del poder ilimitado de que había gozado el clero, en tiempo de los Visigodos, esta religion no había echado en España profundas raíces. Casi enteramente pagana, cuando Constantino hizo del cristianismo la religion del Estado, España permaneció tanto tiempo fiel al antiguo culto, que hácia la época de la conquista árabe, todavía el cristianismo y el paganismo se disputaban el triunfo, y los obispos se veian obligados á fulminar

amenazas y tomar enérgicas medidas contra los adoradores de los falsos dioses. (1) Aun entre los que llamaban cristianos, el cristianismo estaba más en los labios que en el corazón. Los descendientes de los romanos habían conservado algo del excepticismo de sus abuelos, y los de los godos, se interesaban tan poco en las cuestiones religiosas que de arrianos se hicieron católicos, tan pronto como Recaredo les dió el ejemplo.

Distraídos con otros cuidados, los ricos prelados del reino Visigodo, que tenían que refutar á los heterodoxos, discutir dogmas y misterios, gobernar el Estado y perseguir á los judíos, no habían tenido lugar «de hacerse pequeños con los pequeños, de murmurar con ellos las primeras palabras de la verdad, como un padre se complace en balbucear las primeras palabras con su hijo,» como decía S. Agustín; y si habían hecho aceptar el cristianismo, no habían conseguido hacerlo amar. No es pues extraño que los

(1) Véase el segundo artículo de las actas de concilio XVI de Toledo, celebrado en 693.—Hacia el fin del siglo VI, Masona Obispo de Mérida, convirtió muchos paganos. «De vita P. P. Emeritensium» pág. 358.

siervos no hubieran podido resistir la tentacion cuando los árabes les ofrecieron la libertad á cambio de su conversion al islamismo. Algunos de estos desgraciados, permanecian paganos todavia; los otros no conocian tampoco el cristianismo, siendo la educacion religiosa que habian podido recibir, tan elemental, ó por mejor decir, tan nula, que el misterio católico y el musulman les eran igualmente impenetrables; pero lo que ellos sabian y comprendian demasiado bien, era, que los sacerdotes habian engañado cruelmente las esperanzas de emancipacion que les inspiráran un dia, y

(1) Un autor español que escribia en el siglo XVII bajo el reinado de Felipe IV, se espresa sobre este asunto en estos términos: No hay que admirarse que los habitantes de las Alpujarras hayan abandonado su fé con tanta facilidad. Los que hoy las habitan son «cristianos viejos», no corre por sus venas ni una gota de sangre impura, son súbditos de su rey católico, y sin embargo, faltos de directores y á consecuencia de la opresion en que viven ignoran de tál modo lo necesario para su salvacion, que apenas sí quedan entre ellos algunos vestigios de la religion cristiana. ¿Cree alguien, que si lo que Dios no quiera, los infieles se enseñorearan de nuevo de su pais, tardarian mucho en abandonar su fé y en abrazar las creencias de los vencedores? Pedraza. «Historia eclesiástica de Granada,» f. 95 v.

lo que querian á toda costa era sacudir el yugo. Ni fueron los únicos que abandonaron el antiguo culto. Muchos patricios hicieron lo mismo, sea por no verse obligados á pagar la capitacion, sea por conservar sus bienes cuando los Árabes se aprestaron á violar los pactos, sea porque creyeran con toda sinceridad en el origen divino del Islamismo.

Hasta aquí no hemos hablado mas que de las mejoras que la conquista arábica produjo en el estado social del pais, pero para ser justos debemos añadir que si esta conquista fué un bien, bajo muchos aspectos, fué un mal bajo de otros. Asi, el culto era libre, pero la Iglesia estaba sometida á una dura y vergonzosa servidumbre. El derecho de convocar concilios, como el de nombrar y deponer á los obispos, había pasado de los reyes visigodos (1) á los sultanes arábigos. (2) lo mismo que en el Norte pasó á los reyes de Astúrias, (3) y este derecho fatal, confiado á un enemigo de la religion cristiana, fué para la Iglesia fuente inagotable

(1) Véase el sexto artículo de las actas del XII concilio de Toledo.

(2) Véase «Vita Johannis Gorzuntis», c. 129.

(3) Marina, Ensayo, t. I, p. 5 y sig.

de males de oprobios y de escándalos. Cuando habia Obispos que no querian asistir á un concilio, los sultanes hacian sentar en su lugar judíos y musulmanes. (1) Vendian la dignidad episcopal al mayor postor, de modo que los cristianos tenían que confiar sus mas caros y sagrados intereses, á hereges ó libertinos que aun durante las fiestas mas solemnes de la Iglesia, concurrían á las orgías de los cortesanos árabes, á incrédulos que negaban públicamente la vida futura ó á miserables, que no contentos con venderse, vendian tambien á su rebaño. (2) Una vez, los empleados del fisco se quejaron de que muchos cristianos de Málaga, lograban sustraerse al pago de la capitacion, permaneciendo ocultos. Entónces, Hostigésio, obispo de esta diócesis, les prometió proporcionarles una lista completa de los contribuyentes. Y cumplió su palabra. Durante su visita anual, rogó á sus diocesanos les dijeran su nombre y los de sus amigos y parientes para formar con ellos una lista á fin de poder rogar á Dios por cada una de sus ovejas. Los cristianos que no desconfiaban de su pastor,

(1) Samson, «Apolog.» L. II, c. 8.

(2) Véase Alvaro, «Epist. XIII, c. 3; Samson, «Apolog.» L. II, c. 2, 4.

cayeron en el lazo. Desde entónces ninguno pudo sustraerse á la capitacion, gracias al registro episcopal los recaudadores conocian á todos los contribuyentes. (1)

Por otra parte, desde que los Árabes afirmaron su dominio, observaron los tratados menos escrupulosamente que cuando su poder no estaba aun bien establecido. Así sucedió en Córdoba por ejemplo. En esta ciudad, los cristianos no habian conservado mas que la catedral dedicada á S. Vicente, todas las otras iglesias habian sido destruidas; pero la posesion de la Catedral, les habia sido garantida por un tratado. Durante muchos años; este pacto fué observado, (2) pero habiendo aumentado la poblacion de Córdoba con la llegada de los árabes de la Siria, y hallándose las mezquitas demasiado pequeñas, los Sirios opinaron que debia hacerse en Córdoba lo que en Damasco, (3) en Emesa, (4) y en otras ciudades de su país, esto es, quitar á los cristia-

(1) Samson, L. II, c. 2.

(2) En el año de 747, los cristianos poseian aun la catedral, el autor del «Akhbár madjmua» lo atestigua expresamente, fól. 74 v.

(3) Véase Ibn-Batuta. t. I, p. 198.

(4) Véase Iztakhri, p. 33.

nos la mitad de sus catedrales, para convertir las en Mezquitas. Aprobando el gobierno esta manera de ver, los cristianos se vieron obligados á ceder la mitad de su catedral. Mas tarde, en el año de 784, Abderramen I, quiso que le vendieran la otra mitad. Ellos rehusaron espresamente diciendo que no les quedaría ningun edificio en que celebrar su culto. Abderramen, insistió sin embargo, y por último se llegó á una transaccion: los cristianos cedieron la catedral en la suma de cien mil dineros, (1) luego que obtuvieron el permiso de reedificar las iglesias que habian sido destruidas. (2) Esta vez, Abderramen, habia sido equitativo, pero no lo fué siempre pues que violó el tratado que los hijos de Witiza habian hecho con Taric y que el Califa habia ratificado, confiscando las posesiones de Ardabasto, uno de estos príncipes tan solo por que las encontraba demasiado estensas para un cristiano. (3) Otros pactos fueron modificados

(1) Un millon de francos, once del valor actual de nuestra moneda.

(2) Razi «apud» Maccari, t. I, p. 368. Ibn-Adharí cita tambien este pasage, pero abreviándolo un poco; t. II. p. 244, 245. Compárese con Maccari, t. I, p. 359, l. 2.

(3) Ibn-al-Cutia, fól. 15 v.

de una manera enteramente arbitraria, de modo, que en el siglo IX, apenas si se conservaba rastro. Además, como los doctores enseñaban que el gobierno debía manifestar su celo religioso aumentando las contribuciones á los cristianos, (1) tantas extraordinarias se les impusieron, que ya en el siglo IX muchas de sus poblaciones, la de Córdoba entre otras, se encontraban pobres ó hambrientas. (2) En otras palabras, sucedió en España lo que en todos los países que los Árabes conquistaron, su dominacion de dulce y humana que habia sido en un principio, degeneró en un despotismo intolerable. Desde el siglo IX, los conquistadores de la Península siguieron á la letra el consejo del Califa Omár, que habia dicho crudamente: «Nosotros debemos «comernos» á «los cristianos y nuestros descendientes de «ben comerse á los suyos mientras que dure «el islamismo.» (3)

(1) «Journ Asiat,» IV série, t. XVIII, p. 515.

(2) En una ocasion se les impuso á los cristianos de Córdoba, un extraordinario de cien mil dineros, once millones de francos de valor actual de nuestra moneda.

(3) Abu-Imail-al-Bazri, «Fotuh as-Cham,» página 124.

Sin embargo, no eran los cristianos los que se quejaban más de la dominación árabe un siglo después de la conquista. Los más descontentos eran los renegados, los que los árabes llamaban «mowallad,» esto es, los «adoptados.» Estos renegados no pensaban todos del mismo modo. Había entre ellos «cristianos ocultos,» (1) es decir, hombres que se reprochaban duramente su apostasía. Estos eran muy desdichados porque no podían volver al cristianismo. La ley musulmana es inexorable en este punto: una vez hecha la profesión de fé, acaso en un momento de mal humor, de debilidad, de cobardía, de presión, cuando no se tenía dinero para pagar la capitación, (2) ó cuando se temía ser condenado á una pena infamante por el juez cristiano, (3) una vez hecha la profesión, repetimos, el renegado, aunque atormentado continuamente por el grito de su conciencia, era musulmán para siempre, y si apostataba, la ley lo condenaba á muerte. Mas dignos de compasión eran aun sus descendientes, si que-

(1) Christiani occulti. Eulog. «Mem. Sanc.» L. II.

(2) Samson, «Apolog.» L. II, c. 5.

(3) Idem, «ibid.» L. II. c. 3.

rian volver al gremio de la Iglesia, pues que tenían que sufrir la falta de sus antepasados. La ley los declaraba musulmanes por haber nacido de un musulman y por consiguiente, debian tambien perder la vida si renegaban de Mahoma. La Iglesia musulmana los cogia en la cuna y no los abandonaba hasta la tumba.

Era pues natural, que los musulmanes, arrepentidos murmuraran; pero de estos era el menor número, la mayoría se habia adherido sinceramente al Islamismo, y sin embargo, estos murmuraban tambien. A primera vista, debe sorprender este fenómeno. En su mayor parte eran libertos, esto es, hombres cuya condicion habia mejorado con la conquista; ¿cómo es que no estaban contentos con los Árabes? Nada sin embargo mas sencillo. «La historia está llena de «parecidos espectáculos. No es siempre yendo de mal en peor como se cae en las revoluciones. Sucede las mas veces, que un «pueblo que habia soportado sin quejarse y «como si no las sintiera, las leyes mas opresoras las rechaza violentamente en cuanto se aligera su peso.» (1)

(1) De Tocqueville.

Júntese á esto, que la posicion social de los renegados era intolerable. Los Árabes los excluían de ordinario de los empleos lucrativos y de toda participacion en el gobierno del Estado; afectaban no creer en la sinceridad de su conversion, los trataban con una insolencia sin límites; viendo aun el sello de la servidumbre sobre la frente de muchos emancipados, los denostaban á todos con los nombres de esclavos ó hijos de esclavos, (1) aunque algunos contaran en sus familias los mas nobles y los mas ricos propietarios del país. Los renegados no se resignaban á semejante trato, tenían el sentimiento de su dignidad y de la fuerza material de que disponían, pues que constituían la mayoría de la poblacion. No querían que el poder fuera patrimonio exclusivo de una casta estrechamente encerrada en su individualismo, no querían permanecer por mas tiempo en aquel estado de sujecion y de inferioridad social, ni sopor-

(1) Véanse los versos que cita Ibn-Adhari, t. II, p. 114. los que se hallan en Ibn-Haiyan, fól. 64 y los que yo he publicado en mis «Notices sur quelques manucristes árabes,» p. 258, 259. Es de notar que los árabes no aplican jamás á los cristianos este epíteto infamante.

tar los insolentes desdenes y la dominacion de algunas bandas de soldados extranjeros, acantonadas de trecho en trecho. Tomaron pues, las armas, y empeñaron arrogantemente la batalla.

La rebelion de los renegados, en la que los cristianos tomaron parte en la medida de sus fuerzas, se verificó con la variedad que debia revestir en un tiempo en que todo era vário é individual. Cada provincia y cada una de las grandes ciudades se insurreccionó por su propia cuenta, y en época distinta; pero la lucha fué por eso todavía más larga y más sangrienta, como puede verse á continuacion.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

III.

En la Corte del Sultan abundaban los renegados (1) que eran en su mayor parte libertos, que, ó cultivaban las tierras que habian adquirido, ó trabajaban á jornal en los campos de los Árabes. (2) Robustos, laboriosos y económicos, parece que vivian con cierta holgura, pues que habitaban principalmente en el arrabal del Mediodia (3) uno de los barrios mas hermosos de la ciudad, pero los dominaba el espíritu revolucionario.

(1) Permítasenos dar este nombre tanto á los renegados propiamente dichos como á sus descendientes.

(2) Véase el «Cartás,» p. 23. l. I.

(3) Antiguamente Secunda. Véase á Maccari t. I, p. 899, última línea.

rio, y bajo el reinado de Haquen I, se dejaron arrastrar por fauques ambiciosos, á una insurrección que terminó con una terrible catástrofe,

Abderramen I había sido demasiado celoso de su poder para permitir á los fauques, teólogos-jurisconsultos, adquirir una autoridad que le hubiera incomodado para sus medidas despóticas; pero en el reinado de Hixem, su hijo y sucesor, la influencia de aquellos creció considerablemente. Era Hixem un príncipe verdaderamente religioso, un modelo de virtud. Cuando subió al trono, sus súbditos podían preguntarse todavía si teniendo que elegir entre el bien y el mal se decidiría por éste ó por aquel, porque en unas circunstancias se había mostrado bueno y generoso, (1) y en otras, atróz y vengativo. (2) Pero pronto cesó toda incertidumbre; habiéndole pronosticado un astrólogo una muerte prematura, (3) se apartó de todos los placeres mundanos para no pensar mas que en proporcionarse la salvación

(1) Véase «Akhbar madjmua,» fól. 990-100 v. Ibn-Adhari, t. II. p. 68-70.

(2) Véase Ibn-al-Khatib, man. P. fól. 213 v, 214 v, Ibn-al-Cutia, fól. 15 r.

(3) Ibn-al-Cutia, fól. 17 v.

con obras de caridad. Vestido con extrema sencillez, recorría solo las calles de la ciudad, se mezclaba con el pueblo, visitaba á los enfermos, entraba en las casucas de los pobres para informarse de sus males y de sus necesidades, con tierna solicitud. Muchas veces, en medio de la noche, cuando llovía á cántaros, salía de su palacio para llevar refrigerios á algun piadoso solitario enfermo, y velar al lado de su jergon. (1) Exactísimo en sus prácticas religiosas, animaba á los demás á seguir su ejemplo. En las noches de tempestad hacía distribuir limosnas á los que iban á las Mezquitas sin acobardarse por el mal tiempo. (2)

Justamente por esta época apareció en el Oriente una nueva secta religiosa que reconocía por jefe el gran doctor medinés Malic-ibn-Anas fundador de una de las cuatro ortodoxas del islamismo. Hixem profesaba una profunda veneracion á este doctor, (3) y por su parte Malic, que tenía ódio mortal á los Abasidas sus señores, desde que habiéndole acusado de prestar el apoyo de su

(1) Abd-al-wahid, p. 12; Ibn-al-Cutia, &c.

(2) »Akhbar madjmua.» fól. 99 v.

(3) Véase Ibn-al-Cutia, fól. 18; Maccari, t. II, p. 154.

nombre célebre y reverenciado á un pretendiente alida, lo hicieron azotar y dislocar un brazo, (1) estaba prevenido á favor del sultan español, rival de sus verdugos, aun ántes de saber hasta qué punto era este monarca digno de su estima, así que cuando sus discípulos españoles le ponderaron la piedad y las virtudes de Hixem, no tuvieron limites su admiracion y su entusiasmo: viendo desde entónces en él el ideal de un príncipe musulman, le proclamó como el único que era digno de sentarse en el trono de los Califas. (2) Los estudiantes no dejaron á su vuelta de informar á su soberano acerca de la gran estimacion que le manifestaba su maestro, é Hixem, halagado en su amor propio, hizo todo lo que pudo para propagar en España la escuela de Malic. Animó á los teólogos á que tomasen el báculo de peregrino para ir á estudiar á Medina, y elegia con preferencia entre los discípulos de Malic sus jueces y sus eclesiásticos.

(1) Véase á Ibn-Khallican, t. I. p. 615, ed de Slane y cf. Weil, t. II, p. 42, 43.

(2) Véase á Ibn-al-Cutia, fól. 18 r., Maccari, tomo II, p. 154.

A la muerte de Hixem, (796) la nueva escuela teológica gozaba ya de gran consideracion, y contaba en su seno jóvenes hábiles, ambiciosos, y emprendedores tales como el berberisco Yahya-ibn-Yahya. Malic, no habia tenido discípulo mas asiduo ni mas atento. Esplicando un dia su maestro, pasó un elefante por la calle, todos los oyentes abandonaron la clase para ver de cerca al animal; Yahya solo permaneció en su sitio con gran sorpresa del venerable profesor, que sin enfadarse de que lo dejaran por el mayor de los cuadrúpedos le dijo con dulzura: «Porqué no vas con ellos? En España no hay elefantes.»—«Yo he dejado mi patria para oiros y aprovechar vuestras lecciones, no para ver elefantes,» le contestó Yahya, y agradó tanto á Malic esta respuesta, que desde entónces le llamó el «akil» (el hombre inteligente) de España. En Córdoba, Yahya, gozaba de gran reputacion, se le tenía por el teólogo mas sábio del pais; (1) pero á su gran saber juntaba un orgullo mas grande todavia, uniéndose en este hombre estrordinario el ardor de un demagogo moderno á la sed de dominio de

(1) Véase Ibn-Khallican, Fasc X, p. 19-21, ed. Wüstenfeld.

un papa de la Edad Media.

El carácter del nuevo monarca repugnaba á Yahya y á los demás doctores malikitas. Haquen no era irreligioso sin embargo. Educado por un piadoso cliente de su abuelo que habia hecho la peregrinacion á la Meca. (1) le habian enseñado desde muy niño á honrar la religion y á sus ministros. Gustaba de conversar con los teólogos y tenia una extrema deferencia para sus jefes los cadies, aun cuando sentenciaban contra sus parientes, contra sus más íntimos amigos, (2) y aun contra él mismo. (3) Pero tenia una naturaleza alegre y expansiva, ricamente organizada para gozar de la vida y no para hacer la de anacoreta que deseaban los faquíes. Á pesar de sus continuas exhortaciones, gustaba apasionadamente de la caza, y lo que es peor, no hacia ningun caso de la prohibicion del vino. Todo esto sin embargo, se lo hubieran perdonado los teólogos; pero lo que no podian perdonarle es que celoso de su poder, no les concedian en el gobierno toda la influencia que ellos querian. ¿Era que no comprendía ó que no

(1) Maccari, t. I, p. 491, núm. 12.

(2) Véase el «Akhbar madjmua,» fól. 102 v.

(3) Véase «ibid,» fól. 101, r y v., Ibn-Adhari, t. II, p. 80.

no queria comprender que los faquíes unidos en estrecha alianza por el nuevo lazo de la doctrina de Malic, eran ya una potencia en el Estado con lo que habia que contar?

Burlados en sus esperanzas y llenos de ese orgullo clerical, que por ocultarse bajo apariencias de humildad no es menos inflexible, los faquíes se convirtieron en demagogos. No economizando declamaciones ni calumnias, solo hablaban del monarca con horror, y ordenaban para su conversion oraciones por este estilo: «Libertino que perseveras en la iniquidad, que te obstinas en el orgullo, que menosprecias los mandamientos de tu Señor, sal de la embriaguéz en que te has sumergido! despierta y sal de tú culpable indolencia!» (1) Dispuestos como estaban los renegados de Córdoba, se prestaron á todo lo que de ellos exigieron los faquíes. Primero rezaron por el pecador endurecido, luego le tiraron piedras un dia que pasaba por la calle, pero el monarca secundado por sus guardias se abrió paso con su espada á través de la multitud y el motin fué reprimido. (805.) (2)

(1) Abd-al-wahid, p. 13.

(2) La fecha segun Ibn-Adhari, es 189 de la Hegira. Nowairi, da por error la de 187.

Entónces Yahya, Isa-ibn-Dinar y otros faquíes, se ligaron con una parte de la aristocrácia, y ofrecieron el trono á Ibn-Chammas, primo hermano de Haquen, quien les respondió que ántes de aceptar sus ofertas, quería conocer los nombres de las personas con quienes podría contar. Los conjurados prometieron darle la lista, y fijaron la noche en que habian de venir á enseñársela; pero en cuanto se fueron, Ibn-Chammas fué en secreto al palacio de Haquen, y se lo contó todo. Despues de escucharle con aire desconfiado, el monarca indignado le dijo: «Lo que quieres tú es escitar mi cólera contra los hombres mas considerados de mi cóрте: pero por Dios que ó pruebas lo que me acabas de decir, ó cae tu cabeza bajo el hacha del verdugo!—Pues bien, consiento en ello, respondió Ibn-Chammas; pero enviadme tal noche un hombre de vuestra confianza.» Haquen lo prometió, y á la hora convenida mandó á casa de su primo á su secretario Ibn-al-Khada y á Jacinto (1) su paje favorito, que era español y

(1) En Ibn-al-Cutia se lee «Brnt» sin vocales. y en el «Akhbar madjmua» Bznt; pero en Ibn-al-Abbar se halla Yznt. Agregándole todas las vocales es Yazinto, Jacinto en español. Sábese que los árabes

cristiano. Habiéndolos ocultado detrás de una cortina Ibn-Chammas hizo entrar á los conjurados: «Veamos ahora, les dijo, quiénes son los «hombres con que contais» y á medida que pronunciaban sus nombres, el Secretario los inscribía en su lista. Estos nombres eran en parte los de las personas en apariencia mas adictas al monarca, y el mismo secretario, temiendo ser nombrado, creyó prudente revelar su presencia haciendo chillar su «calam,» sobre el papel. Al oirlo los conjurados se pusieron de pié con una consternacion inesplicable diciendo á Ibn-Chammas. «Tú nos has vendido enemigo de Dios!» Muchos de ellos lograron salvarse abandonando apresuradamente la córte, de este número fueron Isa ibn-Dinar y Yahya que fué á refugiarse á Toledo-ciudad que se había emancipado del dominio del sultan. Otros fueron menos felices, y setenta y dos conjurados, entre los que se distinguian, seis de los principales nobles de Córdoba cayeron en manos de los agentes del gobierno y espiraron en la cruz. (1) lo mismo que los romanos, acostumbraban á dar á sus esclavos nombres de piedras preciosas, (cf. Fraechu.) «Ibn-Foslans Berichte über die Russen alterer Zeit,» p. XXXIX.

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 21 r; cf. Nowairi, p. 450,

El año siguiente (806), había dejado Haquem su córte para ir á someter á Mérida, que se había rebelado, el pueblo de Córdoba aprovechó su ausencia para alborotarse de nuevo, y ya el motin había tomado un carácter muy alarmante, cuando Haquem, volviendo á toda prisa, lo reprimió, é hizo crucificar ó decapitar á los demagogos más temibles. (1)

Si tan numerosas ejecuciones no bastaran para intimidar á los cordobeses, la horrible suerte que poco despues cupo á los toledanos, les enseñó que Haquem, cuyo carácter naturalmente dulce se agriaba cada dia más con el espíritu rebelde de sus súbditos, no se detenía ante la perfidia ni la carnicería, cuando las creia precisas, para reducir á los insurrectos.

Gracias al escaso número de Árabes y Berberiscos que habitaban dentro de sus muros, porque se habian establecido con preferencia en las haciendas que los emigrados tenian en la campiña, gracias tambien á su antiguo renombre, al sáber de sus sacerdotes y á la influencia de sus metropolitanos

y véanse tambien los artículos sobre Yahya en Ibn-Khallican y Maccari.

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 74. Nowairi, p. 452.
Tomo II.

(1) la antigua capital de reino visigodo continuaba siendo para los vencidos «la ciudad real,» (2) la ciudad mas importante, bajo el doble aspecto de la religion y de la política. Soberbios y valientes sus habitantes se distinguian por su amor á la independencia hasta el extremo de que un cronista árabe afirma que jamás los súbditos de ningún monarca tuvieron espíritu tan rebelde y sedicioso. (3) El poeta Gharbid, que pertenecía á una familia de renegados, y que gozaba de una inmensa popularidad mantenía el fuego sagrado con sus discursos y sus versos. El mismo Sultán temía á este hombre. Así que en tanto que vivió, no osó emprender nada contra Toledo; pero á su muerte confió á un renegado de Huesca llamado Amrús, todo lo que tenía en el corazón contra aquel pueblo revoltoso, y le dijo: «Vos solo me podeis ayudar á castigar á esos rebeldes que rehusarian aceptar á un árabe por gobernador, pero que si aceptarán á un hombre de su raza.» Y luego le expuso su plan, plan horrible, pero que Am-

(1) Véase á Isidoro de Beja, c. 49, 62, 69, 77.

(2) «Urbs regia,» Isidoro, c. 49; «medina al-moluc,» Caznini, t. II, p. 366.

(3) Ibn-al-Cutia, fól. 19 r.

rús aprobó enteramente, y prometió llevar á cabo. Devorado por la ambicion este hombre, no tenia ni fé ni ley. Necesitando aun del apoyo del Sultan, estaba pronto á sacrificarle sus compatriotas; mas tarde seducido por la idea de fundar un principado independiente, con el apoyo de Francia, le hará traicion en favor del hijo de Carlomagno. (1)

Nombró pues Háquem á Amrús gobernador de Toledo, (807) y escribió al mismo tiempo una carta á los toledanos, en que les decía: «Por una condescendencia que prueba nuestra estremada solicitud hácia vuestros intereses, en vez de enviaros á uno de nuestros clientes, hemos hecho recaer la eleccion en uno de vuestros compatriotas.»

Amrús, por su parte nada omitió para ganarse el afecto y la confianza de sus gobernados. Fingiéndose muy adicto á la causa nacional, decía de continuo que habia jurado odio implacable al Sultan, á los Omeyas y á todos los Árabes, y cuando se vió dueño del favor popular, dijo á los vecinos principales: «Conozco la causa de los desastrosos altercados que teneis continua-

(1) Véase «Annal Bert.» ad ann, 809 y 810.

«mente con vuestros gobernadores, los soldados alojados en vuestras casas, turban «muchas veces la paz de la familia, y de «aquí nacen continuas disputas. Pudiérais «evitarlas si me permitiérais edificar en uno «de los extremos de la ciudad un castiilo «que sirviera de cuartel á las tropas, y de «esta manera estaríais á cubierto de sus ve- «jaciones.»

Teniendo en su gobernador una firme confianza, no solo consintieron los toledanos en su propuesta, sino que quisieron que el castiilo se levantára en el centro, y no en uno de los arrabales de la ciudad.

Cuando la obra estuvo terminada, se instaló en él Amrús con sus tropas, é hizo avisar al monarca que escribiera sin pérdida de tiempo á uno de los generales de la frontera, que pretestando un movimiento del enemigo le pidiera refuerzos. Habiéndolo hecho asi, pusiéronse en movimiento las tropas de Córdoba y de otras ciudades, al mando de tres visires y del príncipe real Abderramen, que no tenía entónces más que catorce años. Uno de sus tenientes llevaba una carta que no debía entregar á los visires hasta que estos conferenciaran con Amrús.

Estando ya cerca de Toledo el ejército, recibió la noticia de que se había retirado el enemigo; entónces Amrús convenció á los nobles toledanos de que para no faltar á leyes de la cortesía, debían ir con él á visitar al príncipe. Así lo hicieron, y mientras que el jóven príncipe conversaba con ellos, esforzándose por ganar su amistad, con todo género de deferencias, Amrús conferenció secretamente con los visires que acababan de recibir la carta del sultan. En ella se trazaba á cada uno la conducta que debía seguir, y la continuacion del relato mostrará suficientemente cuál era su contenido pues todo pasó segun Haquem lo había ordenado.

De vuelta, Amrús encontró á sus nobles toledanos entusiasmados con la buena acogida que les había hecho Abderramen. «Me parece, les dijo, que sería un gran honor para nuestra ciudad que el príncipe quisiera honrarnos con su presencia por algunos dias. Su estancia entre nosotros contribuiría á consolidar y á estrechar las buenas relaciones que ya existen entre nosotros y él.» Los toledanos aprobaron este pensamiento. En efecto, todo marchaba á las mil maravillas: el sultan les había man-

dado por gobernador á un español; les dejaba la libertad que habian perdido siempre y las maneras benévolas de Abderramen, les prometian esperar que cuando subiera al trono había de seguir la conducta de su padre. Rogáronle, pues, que tuviera á bien honrar la ciudad con su presencia. Abderramen opuso al principio algunas dificultades, habiéndole recomendado su padre que no mostrára ningun deseo; pero al fin, fingiendo ceder á las repetidas súplicas de los nobles, se dejó llevar por ellos, á lo muros del castillo, donde mandó preparar un festin para el dia siguiente, al que invitó á las personas mas distinguidas por su nacimiento ó sus riquezas, tanto de la ciudad como de las cercanías.

Á la mañana inmediata, multitud de convidados se empujaban á las puertas del castillo. No se les permitía entrar juntos, y mientras que pasaban uno á uno sus cabalgaduras daban la vuelta al palacio, para esperar á sus dueños en la puerta trasera.

Pero en el pátio había un foso de donde se había sacado la tierra destinada á la construccion del castillo: á su márjen, había verdugos, que á medida que se presen-

taban los invitados, hacian caer la cuchilla sobre sus cabezas.

Esta horrible carnicería duró muchas horas, y es imposible determinar el número de los infelices que perdieron la vida en esta funesta jornada, conocida con el nombre de «Jornada del foso:» unos historiadores lo elevaban á setecientos, (1) otros á más de cinco mil. (2)

Cuando era ya entrado el día, un médico que no había visto salir á nadie, ni por la puerta trasera ni por la delantera, concibió sospechas, y preguntó á la gente que estaba reunida á la puerta del castillo, qué se había hecho de los convidados que habían llegado temprano.—«Deben haber salido por la otra puerta,» le respondieron.—«Es extraño, replicó el médico; yo he estado á la otra puerta y no he visto salir á nadie.» Luego, mirando con atención el humo que se elevaba por cima de los muros, les dijo: «Infelices! ese vapor que veis, no es, os lo juro, el humo de un festin que se prepara; es la sangre de vuestros hermanos degollados!»

(1) Ibn-Adhari.

(2) Nowairi, Ibn-al-Cutia.

Privada Toledo de un golpe de sus vecinos más ricos é influyentes; cayó en un profundo estupor, y nadie se movió para vengar las víctimas de la jornada del foso. (1)



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Ibn-al-Cutia fól. 19 r.-20 v.; Nowairi p. 450-452; Ibn-Kaldun fól. 6 v. 7 r.; Ibn-Adhari t. II, p. 72. La fecha que fija este último autor es errónea.-En el año 611 un rey de Persia había empleado para castigar á los Temimitas una estratajema semejante. (Véase Caussin, t. II p. 576-578.)

IV.

La matanza de la jornada del foso hizo tanta impresion en los renegados de Córdoba, que durante siete años se estuvieron tranquilos; más al cabo de este tiempo, el recuerdo de esta catástrofe se habia debilitado tanto más cuanto que Toledo habia sacudido de nuevo el yugo. En la capital, los renegados y los faquíes que estrechaban cada dia más su alianza, y se animaban mutuamente, bregaban y respingaban bajo el látigo de su amo. El Sultán parecia haberse propuesto convencerlos de que toda rebelion se habia hecho imposible. Hizo ceñir la ciudad con imponentes fortificaciones, y

aumentaba sin cesar el número de sus guardias de caballería, de sus mamelucos, á que llamaban «los mudos,» porque eran negros, ó esclavos de oríjen extranjero, que no hablaban el árabe. (1) Pero estas medidas eran mas propias para irritar los ánimos que para mantenerlos en la obediencia. El ódio de los descontentos se manifestaba cada vez mas de palabra y de hecho sobre todo en el arrabal del Mediodia, que contaba nada menos que cuatro mil entre teólogos y estudiantes de Teología. ¡Infelices de los soldados que osaban aventurarse solos ó en pequeños grupos en las estrechas y tortuosas calles del arrabal! Se les insultaba, se les golpeaba, se les degollaba sin piedad. Se ultrajaba hasta el monarca mismo. Cuando desde lo alto del minarete el muezin anunciaba la hora de la oracion, y Haquem, que debía ir á la mezquita para rezar la oracion acostumbrada, se hacía esperar, no faltaban nunca entre las gentes voces que gritáran: «Ven á rezar, borracho, ven á rezar!» Estos gritos se renovaban todos los dias, y

(1) Véase sobre estos «mudos Akhbar madj-mua,» fól. 103 r. (cf. 94 r;) Ibn-Adhari, t. II, p. 81; Nowairi, p. 456; Ibn-Kaldun, fól. 7 r.

en vano se cansaban las autoridades en averiguar los que los habían dado; no se les encontraba nunca. Una vez, dentro de la mezquita, un hombre del pueblo llevó su insolencia hasta amenazar al monarca cara á cara, y la gente lo aplaudió con frenesí. Haquem, que se asombraba y se indignaba de que la dignidad real pudiera sufrir afrentas tan groseras hizo crucificar á diez de los principales motores, y restableció el diezmo sobre los consumos que había sido abolido por su padre. Pero la arrogancia y la obstinación de los cordobeses no cedieron ante nada. Sus ordinarios agitadores inflamaban sus pasiones, y además, Yahya, que había vuelto á la corte con sus predicaciones y la fama de su nombre, acrecentó el movimiento y lo dirigió. Se aproximaba la crisis cuando quiso el azar que la rebelión estallara más pronto aun de lo que se había pensado.

Érase el mes de Ramadhan (Mayo 814) (1) y los predicadores aprovechaban la cuaresma para enardecer el odio del pueblo contra el Sultan, cuando un mameluco fué á casa de un armero del arrabal del Medio-

(1) Véase la nota B, al fin de este tomo.

dia, y le llevó su espada para que se la limpiase.

— Quereis esperar? le dijo el armero, ahora tengo que hacer.

— No tengo tiempo, contestó el soldado; haz en seguida lo que te mando.

— Lo tomas así, replicó el artesano con tono desdeñoso: pues aguardarás lo mismo.

— Lo verémos, dijo el militar; é hiriéndole con la espada lo dejó en el sitio.

Viendo esto la multitud, ébria de furor comenzó á gritar que ya era tiempo de acabar con aquellos insolentes soldados, y con el tirano sensual que los pagaba. Comunicose en seguida el entusiasmo revolucionario á los otros barrios; una inmensa multitud que se había provisto apresuradamente de todas las armas que encontró á mano; marchó hácia palacio, persiguiendo con sus silbidos á los soldados, á los clientes y á los esclavos del monarca, que no esperando cuartel, si caian en manos de los insurrectos huian ante ellos á buscar un asilo detrás de los muros que defendian la residencia del Sultan.

Cuando desde lo alto de la plataforma Haquem vió venir aquella multitud semejante á las olas del mar, que rujía y lanzaba

gritos terribles, se figuró que una salida vigorosa podría disiparla, mandó que la cargara la caballería, mas cuál fué su desencanto cuando el pueblo; léjos de huir como esperaba, sostuvo el ataque, rechazó á los jinetes y les obligó á la retirada. (1)

El peligro era extremo. El palacio aunque fortificado, no podía rechazar por mucho tiempo los asaltos que los insurgentes se preparaban á darle. Sus más bravos defensores sabiendo que habian de ser desapiadadamente degollados si lo tomaba el pueblo, comenzaban á desmayar. Solo Haquem, aunque tambien desesperaba de la resistencia conservó una imperturbable sangre fria. Llamó á Jacinto, su paje cristiano, y le mandó que fuera á pedir á una de sus mugeres que le designó un frasco de algallá. Creyendo haber oido mal el paje con cara asombrada esperó que le repitiera la orden. «Anda hijo de incircunciso le dijo Haquem, impaciente, y haz pronto lo que te he mandado. Jacinto fué, y cuando trajo la botella la cogió el sultan y se puso á verterla sobre su cabeza y sobre su barba con

(1) Nowairi, p. 453, 454.

tanta tranquilidad como si se preparara á hacer la córte á una jóven beldad del serrallo. No comprendiendo Jacinto esta conducta no pudo impedir una exclamacion de sorpresa. «Perdonadme, señor le dijo, pero á fé que elejís una rara ocasion para «perfumaros. No conoceis el peligro que nos «amenaza?—Calla! miserable, replicó Ha- «quem, incomodándose de nuevo, y cuando «hubo acabado de perfumarse continuó: Có- «mo podria distinguir el que me va á cortar «la cabeza, la mia de las otras, sino fuera por «el perfume? (1) (a) Ahora, dile á Hodair «que venga.»

Era Hodair el encargado de la guardia de guardia de la prision de la Rotonda, en la que estaban encerrados muchos faquies que Haquem habia hecho prender á consecuencia de las rebeliones precedentes, pero que

(1) Ibn-al-Abbar. p. 40; «Akhbar madjmua,» fól. 103, v.

(a) D. Emilio Lafuente, traduce este pasaje de una manera algo diferente: Un paje llamado Jacinto le dijo: Es esta hora de perfumes, señor? Al-Haquem le mandó claramente que se retirara esclamando: «Este es el día en que debo prepararme «á la muerte ó á la victoria y quiero que la cabeza «de Al-Haquem se distinga de las de los demás que «perezcan con él.»

habia conservado hasta entónces. Ahora, viendo que el pueblo y los faquies iban á arrebatarlé el trono y la vida, estaba decidido á que los prisioneros no le sobrevivieran, y cuando Hodair llegó á la plataforma le dijo: «Cuando anochezca, harás «salir á esos malvados chaikhs de la Rotonda, mandarás que les corten la cabeza «y que las claven en postes.» Conociendo Hodair, que si el palacio era tomado por asalto, habia de morir infaliblemente, y que entónces tendría que dar cuenta á Dios de sus acciones, tembló de miedo á la idea del sacrilegio que su soberano le ordenaba. «Señor, le dijo, no deseo que mañana esté «cada uno de nosotros encerrado en un calabozo del infierno, por mas que diéramos «entónces espantosos alaridos, ninguno podría socorrer al otro.» Irritado con este discurso, Haquem, repitió su órden con tono mas imperioso; pero viendo que en vano se esforzaba en vencer los escrúpulos de este hombre, le despidió é hizo llamar á Ibn-Nadir su colega, que menos escrupuloso ó mas servil prometió ejecutar puntualmente lo que se le mandaba. (1)

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 23 r. et v.

En seguida Hacam, bajó de la azotea se armó de piés á cabeza, recorrió con tranquilo continente las filas de sus soldados, reanimó su espíritu abatido con calurosas frases, y habiendo llamado á su primo hermano Obaidallah, uno de los mas valientes guerreros de esta época, le ordenó que poniéndose á la cabeza de algunas tropas escogidas, se abriera paso á través de los rebeldes é incendiara el arrabal del Mediodia. Pensaba que, cuando los vecinos de este barrio vieran sus casas ardiendo, abandonarían el sitio para ir á apagarlo, entónces Obaidallah los atacaria de frente mientras que Haquem, saliendo de palacio con las tropas que le quedaban les cargaría por la espalda. Este plan cuyo éxito era casi seguro, es semejante al que hizo ganar á Moslim la batalla de Harra, y esta coincidencia no se ha escapado á los historiadores árabes.

Saliendo Obaidallah, de improviso por la puerta de palacio, rechazó al pueblo sobre el puente, atravesó á paso de carga la calle principal y la Rambla, esguazó el rio y habiendo recogido los soldados de la campiña que habian acudido á las señales que Haquem les hizo, al principio de la insur-

reccion hizo incendiar las casas del arrabal del Mediodía. Como Haquem lo habia previsto, apénas los vecinos de este barrio vieron aparecer las llamas, abandonaron sus puestos frente á palacio para ir á salvar á sus mugeres y á sus hijos; pero cuando al par fueron atacados por vanguardia y retaguardia, el miedo se apoderó de estos infelices y desde entónces el combate se convirtió en una carnicería. En vano los cordobeses pedian cuartel tirando las armas, los «muños,» esos extranjeros que ni siquiera entendian las súplicas del vencido, terribles, inexorables, los degollaban á centenares no perdonando la vida mas que á treinta personas de distincion, para hacer con ellas un presente al soberano que las hizo clavar en palos cabeza abajo á todo lo largo de la ribera. (1)

Consultó luego Haquem con sus visires acerca de la conducta que debía seguir con los vencidos; ¿debería perdonar á los que habian escapado de la carnicería, ó perseguirlos y esterminarlos hasta el último? Los pareceres se dividieron, pero Haquem se decidió por la opinion de los más modera-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 78; Nowairi, p. 454.

dos, que le inducian á no llevar más léjos su venganza. Ordenó sin embargo, que fuera destruido el arrabal hasta los cimientos y que sus moradores salieran de España en el término de tres dias, bajo la pena de ser crucificados.

Llevando consigo lo poco que habian podido salvar de sus bienes, abandonaron estos desdichados, con sus mujeres y sus hijos, los lugares que los habian visto nacer, y que ellos no volverian á ver jamás. Como marchaban por grupos, no habiendo permitido el monarca que caminaran todos juntos, muchos fueron robados en el camino por cuadrillas de soldados ó de salteadores ocultos en los barrancos ó detrás de las rocas. Cuando llegaron á las playas del Mediterráneo, se embarcaron, dirigiendo unos su rumbo hácia el Oeste de África, otros al Egipto. Estos últimos, en número de quince mil, sin contar las mujeres ni los niños, desembarcaron cerca de Alejandría sin que el gobierno pudiera oponerse, porque el Egipto siempre rebelde á los Abasidas, era por entónces presa de una completa anarquía. Los desterrados no tenian, pues, otra cosa que hacer mas que entenderse con la tribu árabe, allí mas poderosa, y así lo hicieron;

pero bien pronto sintiéndose bastante fuertes para poder pasarse sin la protección de estos beduinos, se desavinieron con ellos, y habiendo estallado la guerra, los batieron en campo raso. Luego se apoderaron de Alejandría, donde atacados diferentes veces, supieron mantenerse hasta el año de 826 en que un general del Califa Mamun los obligó á capitular. Entónces se comprometieron á pasar á Creta, de la que una parte pertenecía aun al Imperio Bizantino. Acabaron la conquista, y su jefe Abu-Hafz Omar al-Balluti (oriundo de Fahz-al-ballut, hoy campo de Calatrava) fué el fundador de una dinastía que reinó hasta el año 931 en que los griegos reconquistaron la isla. (1)

La otra banda, que se componía de ocho mil familias, tuvo menos dificultad de encontrar otra pátria. Justamente por este tiempo el príncipe Edris hacía construir una nueva capital, que tomó el nombre de Féz, y como sus súbditos nómadas en su mayor parte sentían una invencible repugnancia á convertirse en ciudadanos, se esforzaba en atraer extranjeros á ella. Los des-

(1) Quatremére, «Memoires sur l'Egipte» t. I. Ibn-Khaldun, t. III, fól. 44 r. y v; t. IV p. 160; Ibn-al-Abbar, p. 40.

terrados andaluces consiguieron fácilmente el permiso de establecerse, pero fué á costa de su tranquilidad. Una colonia árabe, venida de Cairawan, se habia fijado ya en Fez, y estos Árabes y los descendientes de los celto-romanos se profesaban una especie de ódio instintivo, así que, aunque reunidas en el mismo suelo, se mantuvieron tan obstinadamente separadas estas dos poblaciones, que todavía en el siglo XIV. se conocía desde luego por los razgos de su fisonomía que pertenecian á raza diferente. La oposicion de sus gustos, de sus costumbres y de sus ocupaciones, parecia consagrar irrevocablemente esta antipatía de raza. Los Árabes eran obreros ó comerciantes; los Andaluces, labradores: estos ganaban penosamente su vida, aquellos tenian un buen pasar, y á veces hasta lo supérfluo. Á los ojos del Árabe, que gustaba de los buenos bocados y del lujo y la elegancia en todo, era el Andalucía un campesino grosero y miserable, mientras que éste, sea que en realidad estuviese contento con su sóbria y rústica vida, por haberse acostumbrado á ella, sea que ocultara bajo un desden afectado la envidia que le causaba la riqueza de su vecino, miraba al Árabe como un afeminado, que